

Capítulo 1

*¿Qué se hace con una duquesa embarazada,
Qué se hace con una duquesa embarazada,
¿Qué se hace con una duquesa embarazada?
¡Por la mañaaaaa!*

Sarah Clarke-Townsend gritaba la canción a los cuatro vientos mientras conducía el coche de dos caballos hacia un camino verde que se alejaba de Ralston Abbey. Mientras cogía aire para comenzar otro verso, su hermana gemela Mariah, embarazada y duquesa de Ashton, se echó a reír y se llevó una mano al abdomen.

—¿Has compuesto tú esa canción, Sarah?

Sarah sonrió. El sol estaba saliendo y ella llevaba un vestido de color amarillo narciso en honor a aquel glorioso día de primavera.

—He cambiado la letra de una canción de marineros que oí una vez. La original pregunta qué se puede hacer con un marinero borracho.

—Un marinero borracho estaría más elegante que yo en este momento —afirmó Mariah con remordimiento mientras se echaba hacia atrás el cabello dorado que era exactamente del mismo tono que el de Sarah—. ¡No me hagas reír así, o tendré al bebé aquí mismo!

—¡No hagas eso! —contestó Sarah, alarmada—. Ya es bastante malo que me haya dejado convencer para que te lleve a dar un paseo

en coche al alba. A todos en Ralston Abbey les dará un ataque cuando se enteren de que incluso Murphy nos está siguiendo a una distancia prudente.

—Por eso quería salir —dijo Mariah con exasperación—. ¡Estoy tan inquieta! Me duele la espalda y tengo los nervios de punta porque todos se preocupan por mí como si estuviera hecha de porcelana. ¡Me estoy volviendo loca!

Ésa era la razón por la que la duquesa de Ashton se había vestido y había atravesado los oscuros pasillos de puntillas para llamar a la puerta de Sarah y rogarle que la llevara a dar un paseo matutino por la finca.

—Es el precio que tienes que pagar por tener un marido que te adora —dijo Sarah con despreocupación para ocultar los celos que sentía.

No envidiaba a su hermana por tener un marido maravilloso; Mariah había padecido una infancia bastante irregular y merecía ser feliz. Pero Sarah se arrepentía de haber perdido la oportunidad de conseguir esa felicidad.

—¡Es verdad, y me siento muy agradecida! —Mariah hizo una mueca—. ¡Ay, este diablillo me está dando patadas! Adam está siendo un santo con mis cambios de humor. Yo nunca había estado tan irascible.

—El bebé pronto nacerá y volverás a ser la serena y risueña duquesa dorada.

Sarah usó una mano para subir un poco más la suave manta de lana del coche. Su hermana y ella llevaban ropa de abrigo y habían echado la capota del vehículo para impedir que entrara el viento, pero el aire de la mañana aún era frío.

—Espero que tengas razón —dijo Mariah, dudosa—. He estado sintiendo una... una nube cerniéndose sobre mí. Como si fuera a ocurrir algo espantoso.

Sarah frunció el ceño, pero enseguida suavizó la expresión.

—Es normal, sobre todo con el primer hijo. Sin embargo, las mujeres llevan haciendo esto desde tiempos inmemoriales, y estoy segura

de que te las arreglarás muy bien, con tu eficacia de siempre. Mamá no es mucho más alta que nosotras y tuvo gemelas sin ningún problema.

—Eso dice ahora, pero puede que sólo esté intentando animarme. —Mariah sonrió, mostrando uno de sus rápidos cambios de humor—. Estoy deseando ser una madre calmada y sensata mientras tú te comportas de forma incontroladamente cambiante con tu primer hijo. Y no me vengas con esas tonterías de que estás condenada a ser una solterona. La mitad de los amigos de Adam se casarían contigo inmediatamente si simplemente les sonrieras.

Sarah puso los ojos en blanco.

—No seas tonta. No siento ningún deseo de ser una imitación de la duquesa dorada. —Hizo que el par de caballos castaños aminorara el paso cuando se aproximaron a un cruce—. No conozco bien la finca. ¿Por dónde tenemos que ir?

—Coge el camino de la derecha —dijo su hermana—. Lleva a una iglesia abandonada sobre la colina más alta de la propiedad. Es muy, muy antigua y no está muy bien situada, así que terminó abandonada cuando la población de Ralston se extendió por el valle. —Mariah parecía nostálgica—. A Adam y a mí nos encantaba cabalgar hasta allá arriba cuando yo no parecía una vaca sobrealimentada. Te miro para recordar cómo solía ser.

—Y volverás a serlo. Madre dice que, aunque tuvo gemelas, recuperó la figura con mucha rapidez, así que llevamos en la sangre el ser hermosas.

—Espero que tenga razón. —Mariah le apretó una mano a Sarah—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! Me arrepiento de todos los años que hemos pasado separadas.

—Tenemos muchos años por delante para convertirnos en unas brujas chismosas —le aseguró Sarah.

El camino ascendía. Cuando el coche ya se acercaba a la cima de la colina, tomaron una curva y frente a ellas apareció una sencilla iglesia de piedra.

—¡Es maravillosa! —exclamó Sarah mientras se aproximaban a la

estructura—. Parece sajona. Tendrá entonces más de mil años. Está muy bien conservada.

—Adam se encarga de su mantenimiento. En invierno, cuando no hay mucho trabajo en el campo, se hace un proyecto para que los peones sigan trabajando. —Mariah frunció el ceño y se frotó el enorme y abultado vientre—. Incluso han limpiado la cripta y han hecho bancos de roble. Cuando haya reparado toda la iglesia, tendrá que buscar alguna otra cosa que restaurar.

El viento era penetrante en la colina desprotegida. Al recordar que estaban en primavera, y no en verano, Sarah dijo:

—¿Volvemos ya? No podemos permitir que te resfríes. Con un poco de suerte, estaremos de vuelta antes de que todos se hayan despertado y se hayan dado cuenta de que te has escapado.

Mariah empezó a responder, pero entonces jadeó y se dobló sobre sí misma, abrazándose el vientre.

—¡Oh, Dios, creo que el bebé quiere venir ahora mismo!

A Sarah se le paró el corazón y detuvo el carruaje.

—¡Oh, por favor, no! ¡Espera a que lleguemos! Será menos de media hora.

—Yo... ¡No puedo! —Mariah se aferró al borde del carruaje, con sus ojos castaños bien abiertos por el pánico—. Julia me explicó todo el proceso y me dijo que a veces el parto es rápido y, otras, lento, y que el mío probablemente sería lento, porque es el primero.

—Pero, como eres impaciente, has decidido tener a este bebé enseguida.

Aunque Sarah intentaba mantener un tono de voz despreocupado, estaba aterrada. Ató las riendas y saltó al suelo para ayudar a Mariah a descender. La sangre y otros fluidos manchaban la parte trasera de las faldas de su hermana. ¿Qué tenía que hacer? ¿*Qué tenía que hacer?*

El mozo de cuadra. Murphy había tomado la curva y ya podía verlas, así que agitó la mano libre frenéticamente.

Murphy espoleó a su caballo para cabalgar al galope y llegó a su lado en unos segundos.

—¿Qué ocurre, señorita?

—¡El bebé va a nacer! —dijo Sarah secamente.

Durante un brevísimo instante, la cara de Murphy reflejó el horror que la mayoría de los hombres sienten cuando tienen que enfrentarse a un parto, pero él había sido soldado. Sólo le llevó un instante recomponerse y preguntar:

—¿Llevo a la duquesa de vuelta a la casa en mi caballo? Ésa sería la manera más rápida de llegar.

—¡No! —Mariah se incorporó. Tenía la cara desencajada—. Necesito una... manera más lenta. Y... Oh, Dios, ¡necesito a Adam!

Para una embarazada sería peligroso ir en el arzón, y el coche era demasiado pequeño para que se pudiera tumbar en él. ¿Qué sería lo mejor? Pensando a toda velocidad, dijo:

—La llevaré a la iglesia y la pondré cómoda. Trae a Ashton y un carro grande con un montón de relleno... paja, plumas y cosas así. Y trae a lady Julia, que es la comadrona de la duquesa.

—Sí, señorita.

Murphy le dio la vuelta a su montura y se fue a toda velocidad.

—¿Puedes andar? —le preguntó Sarah a su hermana, intentando parecer tranquila.

—Eso... Eso creo. —Mariah cerró los ojos por un momento, mientras recobraba la compostura—. Las contracciones han pasado por ahora. Ayúdame a entrar para que pueda tumbarme.

Con la mano libre, Sarah cogió las mantas del carruaje y llevó a su hermana a la vieja construcción de piedra. La puerta, como el tejado, parecía nueva y se abrió fácilmente.

Dentro, una docena de bancos miraban hacia el presbiterio, que estaba un escalón por encima de la nave y tenía un sencillo altar de piedra. Al otro lado de la nave, una entrada arqueada daba paso a una pequeña estancia, probablemente la capilla de la Virgen. Las pequeñas ventanas arqueadas hacían que el interior estuviera sombrío y, como no había cristales, la iglesia estaba fría. Pero, al menos, se encontraban resguardadas del viento.

—Voy a usar la ropa del carruaje para hacerte un camastro en el estrado —dijo Sarah.

Mariah asintió en silencio. Entonces dobló una manta por la mitad para hacer más blando el frío suelo de piedra y después ayudó a su hermana a tumbarse. Cuando la estaba tapando con la otra manta, Mariah gritó; otra contracción desestabilizó su frágil figura.

Ocultando su miedo, Sarah agarró la mano cerrada de su hermana.

—Qué pequeño tan impaciente —dijo con toda la calma que pudo—. Pero el parto lleva su tiempo. Adam y Julia estarán aquí antes de que te des cuenta.

—Tardarán casi una hora en venir hasta aquí. —Mariah cerró los ojos—. Estaba pálida y tenía el rostro sudoroso. —¡Nunca debería haberte convencido para que me llevaras de paseo! Si no lo... consigo, por favor, cuida de Adam y del bebé.

—No seas tan macabra —dijo Sarah, esforzándose por parecer tranquila—. Todo va bien, excepto que el niño ha elegido un momento y un lugar de lo más inoportunos para nacer. ¡Piensa que vas a dar a luz al siguiente duque de Ashton en una carreta de heno! Así podrá alardear de algo entre sus compañeros de la escuela.

Mariah hizo una mueca.

—Una prueba más de que no soy una verdadera duquesa. Si lo fuera, me habría quedado en casa para tener al niño en mi propia cama.

—Ya que un duque de verdad insistió en casarse contigo, creo que estás más que cualificada. —Sarah le apartó a su hermana el húmedo cabello dorado de la frente. Siempre le había parecido extraño que Mariah y ella se parecieran tanto y que fueran tan diferentes en muchos aspectos—. Aguanta, querida. Adam y Julia llegarán enseguida con una cómoda carreta de heno, y a mediodía estarás de nuevo en tu cama. Todo esto será sólo un mal sueño.

—Espero que tengas razón. —Apretó la mano de Sarah con la suficiente fuerza como para hacerle un moretón—. ¡Maldición, otra contracción!

Sarah agarró la mano de su hermana, deseando poder hacer más.

Las contracciones eran tan frecuentes que el bebé nacería en cualquier momento. Aunque ya era demasiado tarde, recordó que lady Julia, una comadrona experimentada y la mejor amiga de Mariah, había dicho en una ocasión que a menudo las mujeres estaban inquietas y llenas de energía justo antes de dar a luz. Exactamente lo que le había ocurrido a Mariah.

Por las ventanas abiertas oyeron el sonido de ruedas y de cascos de caballos.

—¡Ya están aquí! —exclamó Sarah con evidente alivio—. Han llegado muy rápido. Iré fuera para recibirlos. Adam debe de estar frenético.

Se levantó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo en seco al oír voces extrañas en el exterior. No se trataba de Adam, Murphy o el comandante Alex Randall, el marido de Julia, sino que era una voz ronca y de alguien sin educación.

—Vaya jodido golpe de suerte que nos ha dejado ese mozo de cuadra —dijo el tipo con presunción—. Parecía tener problemas. Ahora que se ha ido, podemos secuestrar a la jodida duquesa embarazada sin tener que matar a nadie.

.....Capítulo 2.....

Horrorizada, Sarah se preguntó si estaba teniendo alucinaciones. Pero seguía oyendo voces. Otro hombre refunfuñó:

—No me gusta secuestrar a una mujer embarazada, Flannery. Tendremos que viajar rápido para escapar y, si tiene que trajinar mucho, eso podría matarla.

—Si se muere, que se muera, Curran. Iremos muy deprisa si conduzco yo —dijo un tercer hombre—. A lo mejor podemos llevarnos el coche de la duquesa y sus dos buenos caballos.

Por Dios santo, ¿por qué querrían secuestrar a Mariah?

La respuesta era evidente: estaba casada con uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña. Adam pagaría cualquier precio por que su mujer y su hijo recién nacido regresaran a casa sanos y salvos... y después mataría a los secuestradores con sus propias manos.

Mientras los hombres admiraban los caballos de Adam, Sarah se quedó paralizada por el miedo. Sacar a Mariah a rastras de allí estando de parto probablemente la mataría. Sin embargo, ¿qué podrían hacer ellas dos contra tres o más hombres? La colina estaba despejada y cubierta de hierba, así que, aunque escaparan, las verían enseguida.

Tuvo una idea. Era descabellada, pero no se le ocurría nada más. Se volvió y corrió de nuevo hacia su hermana.

—¡Ahí fuera hay varios hombres de aspecto rudo que están planeando secuestrarte! Debes esconderte y yo los convenceré de que soy tú.

—Santo Dios, ¿secuestradores? —Mariah abrió mucho los ojos. Cuando asimiló las palabras de Sarah, exclamó—: ¡Si te haces pasar por mí, te secuestrarán a ti!

—Si nos encuentran a las dos, me llevarán contigo o me matarán porque soy una testigo —contestó Sarah gravemente—. Debemos convencerlos de que estoy sola y de que soy la duquesa. Puede que no sepan que tienes una gemela idéntica y, con la capota del carruaje subida, probablemente no hayan visto que éramos dos. Tienes que esconderte, y recemos para que crean que soy tú. ¡Date prisa, no hay tiempo que perder!

Agarró a su hermana de la mano y la ayudó a ponerse en pie con dificultad.

—Deberías ser tú quien se escondiera —dijo Mariah, moviéndose de manera insegura—. Es a mí a quien quieren, a ti no te buscarán.

—¡No seas idiota! —le espetó Sarah mientras recorría con la mirada la pequeña y sencilla iglesia. En el altar no había mucho sitio donde esconderse, y tampoco en los bancos—. Si no piensas en tu seguridad, piensa en la del bebé. ¡No puedes poner en peligro a tu hijo!

Mariah se puso pálida y se pasó una mano temblorosa por el abultado vientre.

—Tienes... Tienes razón. Pero, por favor, si te llevan con ellos, ¡ten cuidado! Aunque Adam enviará hombres a rescatarte, no los esperes si tienes oportunidad de escapar.

—No te preocupes por mí. —Sabía que se les estaba agotando el tiempo y dijo—: Antes mencionaste una cripta. ¿Dónde está?

—En la capilla de la Virgen.

Sarah recogió del suelo las mantas del carruaje y se dirigieron a la capilla. Cuando entraron en la pequeña estancia, miró a su alrededor y no vio nada.

Mariah señaló con el dedo.

—Allí. Detrás del altar.

La entrada a la cripta era una simple trampilla de madera, no visi-

ble a menos que se rodeara el altar. Sarah levantó la trampilla y vio un tramo de escalones que se perdían en la húmeda oscuridad. Se encogió de miedo y pensó que parecía la entrada al infierno.

—¿Podrás soportar estar ahí abajo?

—No tengo elección, ¿no crees? —Mariah empezó a bajar, apoyándose con fuerza en la barandilla de madera—. He estado aquí con Adam. Por lo menos, han sacado los huesos y los han enterrado fuera.

Sarah se estremeció ante la idea de esconderse en la cripta si no la hubieran limpiado. ¡Gracias a Dios, ya no había huesos!

—¡Espera! —Mariah se detuvo a medio camino, se dejó caer en un escalón y se llevó una mano al vientre, como si la estuviera sacudiendo otra contracción. Luchando contra el dolor, se despojó de un guante y se quitó con dificultad su anillo de bodas—. Necesitarás esto.

Se tocaron las manos y se las sostuvieron por un momento al pasarse el anillo. Cuando Sarah miró a su hermana a los ojos, castaños igual que los suyos, reconoció en ellos la angustiada certeza de que tal vez no volvieran a verse nunca más.

No podía permitirse pensar en eso. Soltó a Mariah y se puso la alianza en el dedo corazón de la mano izquierda. Ella no solía llevar anillos, así que se alegró de que su hermana hubiera pensado en eso.

Los hombres abrieron la puerta de la iglesia y entraron. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Sarah lanzó por la trampilla las mantas del carruaje.

—¡No hagas ruido! —le dijo en voz baja.

Mientras bajaba la trampilla en silencio, oyó que Mariah susurraba:

—Te quiero, Sarah. Ten cuidado.

Ella se incorporó y cerró los ojos por un momento para recuperar la calma y ponerse una máscara de arrogancia aristocrática. Si fracasaba en su imitación de duquesa, Mariah, el bebé y ella estarían condenados.

Oyó una voz en la nave que decía con indignación:

—¿Dónde demonios está?

Sarah era menuda, rubia y no podría haber asustado ni a una cesta

llena de gatitos, pero había tenido tiempo de observar a las imponentes condesas y a las duquesas autoritarias. Recordándose que no era Sarah Clarke-Townsend sino Mariah, duquesa de Ashton, levantó la barbilla y salió a la nave.

—¿Se han perdido, caballeros? —preguntó con frialdad—. Esta capilla es privada.

Tres hombres de aspecto rudo la miraron como si no fuera lo que esperaban. El más moreno preguntó:

—¿Es usted la duquesa de Ashton?

—Sí que lo es, Flannery. Una vez la vi de lejos —comentó un hombre fornido.

Sarah sintió un gemido apenas audible procedente de la capilla de la Virgen. Alzó la voz para que los hombres no lo escucharan y dijo:

—Mi identidad no es asunto suyo. Esto me pertenece, no a ustedes. —Enarcó las cejas—. ¿Quiénes son? Aparte de intrusos, claro.

El hombre de la voz ronca dijo:

—Me habían dicho que la duquesa está embarazada.

—Los bebés nacen —replicó ella con frialdad—. Mi querido hijo vino pronto.

El moreno se rió escandalosamente.

—¡Así que su señoría se abrió de piernas para el duque antes de la boda! Demasiado para una dama.

—Es usted un descarado —replicó en un tono tan gélido que el hombre, inconscientemente, retrocedió un paso—. Por favor, márchese.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó el ronco con mirada pícara—. Me gustaría tener la suerte del pequeñajo. ¿Lo ha traído aquí arriba para que tome un poco de aire fresco?

—Por supuesto que no. Está con su nodriza.

El tono de Sarah implicaba sutilmente que sólo las campesinas amamantarían ellas mismas a sus hijos.

Uno de los hombres soltó una palabrota.

—Hemos llegado tarde, Flannery.

—Entonces, ella tendrá que servir. —Flannery miró a Sarah con los ojos entornados—. Vamos, su señoría. La vamos a llevar de paseo.

Negándose a mostrar miedo, ella dijo:

—El título correcto es «Su Excelencia», y no tengo ningún deseo de ir con ustedes. Les sugiero que se marchen rápidamente; he enviado al mozo de cuadra a buscar a mi marido y a nuestros invitados para tomar un desayuno improvisado. Entre ellos hay varios militares. No sería nada sensato desafiarlos.

—Supongo que no —dijo Flannery con cierto remordimiento—. Pero, cuando lleguen, ya nos habremos marchado. Tendremos que dejar el coche y los caballos para que pierdan tiempo buscando por aquí. —Se inclinó hacia delante para coger a Sarah del brazo—. Mueva su bonito trasero, Su jodida Excelencia.

—¡No me toque! —exclamó con tal ferocidad que él dejó caer la mano.

El ronco maldijo y sacó un largo puñal de aspecto imponente.

—Entonces, muévase, o yo mismo la llevaré. ¡En trocitos, si eso es lo que quiere!

Aterrorizada al ver la hoja, Sarah se cerró la capa en torno a ella, levantó la cabeza y comenzó a andar hacia la puerta. Cuanto antes alejara a aquellos brutos de Mariah, mejor.

Y, después... Que Dios la ayudara.

Capítulo 3

Aunque Ralston Abbey no era la ruta más corta para viajar de Glasgow a Londres, Rob Carmichael decidió hacer uso de la invitación abierta de Ashton y quedarse unos días en la residencia familiar. El duque siempre era una compañía agradable cuando estaba en la hacienda y, si se encontraba ausente, los sirvientes de Ralston Abbey sabían que él debía ser tratado como un invitado de honor. Ya que no se sentía muy sociable en esos momentos, casi esperaba que Ashton se encontrara en Londres.

Esa esperanza se vio hecha añicos cuando se acercó a la impresionante entrada de la casa, donde estaba teniendo lugar un pequeño desorden. Mientras espoleaba a su caballo para averiguar qué ocurría, todo ese movimiento y ruido resultó ser una simple carreta de heno rodeada de gente preocupada, algunas de esas personas a caballo.

Cuando llegó junto al grupo, un grito desgarrador hendió el aire de la mañana. El grito procedía de la mujer que se retorció en la carreta, gruesamente acolchada con plumas.

¡Santo Dios, la duquesa de Ashton! Su marido estaba arrodillado a su lado y le agarraba una mano pequeña y con los nudillos blancos de tanto apretar mientras ella se revolvía, agónica. Rob se dio cuenta de que estaba de parto y, a juzgar por la sangre que empapaba el colchón de plumas, no iba nada bien.

Arrodillada al otro lado había una menuda mujer morena que tam-

bién se encontraba en avanzado estado de gestación. Le decía palabras tranquilizadoras a la duquesa mientras los sirvientes y otras personas se arremolinaban alrededor de la carreta.

El mozo de cuadra principal de Ashton, Murphy, conducía la carreta. Rob y él eran viejos amigos, así que se acercó al asiento del conductor y preguntó en voz baja:

—¿Se puso de parto de repente, mientras la llevabas a la propiedad?

Murphy parecía descompuesto y tardó unos segundos en reconocer a Rob.

—Carmichael. Es mucho peor que eso. La duquesa y su hermana gemela estaban dando un paseo por la mañana cuando varios maleantes les dieron alcance. La hermana ocultó a la duquesa y se hizo pasar por Su Excelencia, así que esos bastardos se la llevaron. —Señaló con la cabeza hacia la carreta, detrás de él—. Además de estar de parto, la duquesa está angustiada por su hermana.

Qué valiente ha sido esa hermana para proteger así a la duquesa.

Rob miró hacia la carreta. Había conocido brevemente a Mariah, duquesa de Ashton, en mejores condiciones, cuando era una mujer encantadora, risueña y de cabello dorado que iluminaba una estancia con su mera presencia y que siempre tenía una sonrisa para todos.

Ahora tenía la cara roja y con rastros de lágrimas y jadeaba.

—¡Tienes que rescatar a Sarah, Adam! A cada minuto que pasa, esos brutos se alejan más y, si descubren que no soy yo...

Se le quebró la voz y se mordió el labio inferior al sentir otra contracción.

Ashton dijo dulcemente:

—Enviaré a varios hombres a buscarla en cuanto sea posible, pero ahora tengo que llevarte dentro para que Julia pueda hacerse cargo de ti adecuadamente.

Aunque hablaba con serenidad, sus ojos reflejaban el infierno que estaba sufriendo.

Dos sirvientes corpulentos que llevaban una camilla se acercaron a la carreta. Les daba órdenes un delgado hombre rubio que parecía tan

tenso como Ashton. El comandante Alex Randall. Randall y Ashton habían sido compañeros de clase en la academia de Westerfield, mientras que él iba un curso por detrás. La escuela era pequeña, así que todos los estudiantes se conocían.

Con los labios apretados, Randall le dijo a su amigo:

—Pásamela.

Ashton pasó los brazos por debajo de su mujer y la levantó con cuidado, al borde de la carreta, hasta dejarla en brazos de Randall. Cuando éste se giró y la depositó en la camilla, Ashton saltó al suelo y volvió a cogerle la mano a su mujer.

Randall alargó los brazos hacia la mujer morena.

—Tienes una dura tarea por delante, mi amor.

Así que era lady Julia Randall, hija de un duque y comadrona experimentada. Se abrazó a su marido, con fuerza, pálida, cuando él la dejó en el suelo. Como se llevó una mano al vientre, él dijo con horror.

—Santo Dios, ¿tú también estás de parto?

—Es una falsa alarma —le aseguró, aunque tenía el rostro desencajado—. Pero manda llamar a la comadrona de la localidad que trabaja por aquí. Es muy buena y me puede ayudar con Mariah.

Randall asintió, a pesar de que parecía preocupado.

Rob exclamó:

—¡Ashton! Deduzco que necesitas mis servicios, ¿no es así?

Ashton levantó la mirada, confundido, y después aliviado.

—¡Divina intervención! No se me ocurre otro hombre a quien quisiera ver más que a ti, Rob. Sarah, la hermana de Mariah, ha sido secuestrada y alguien tiene que rescatarla en cuanto sea humanamente posible.

Los sirvientes ya se llevaban a la duquesa, cuando ésta exclamó:

—¿Rob Carmichael? ¿El detective de Bow Street?* ¡Gracias a Dios! ¡Por favor, encuentre a Sarah!

* Los detectives de Bow Street fueron la primera fuerza policial profesional de Londres. El cuerpo lo formó en 1749 Henry Fielding y, originalmente, sólo contaba con seis miembros. Se disolvió en 1839. (*N. de la T.*)

—Lo haré, Su Excelencia —afirmó, sosteniéndole la mirada—. ¿Cómo es?

—Idéntica a mí. —La duquesa consiguió sonreír de manera irónica mientras agitaba la mano libre sobre su abultado vientre—. Menos en esto. Somos gemelas.

—¿Podéis decirme algo sobre los hombres que se la han llevado?

—No los vi. —La duquesa cerró los ojos cuando sintió otra contracción—. Sarah dijo que tenían aspecto rudo, pero eso no es de mucha ayuda.

—No os preocupéis, la encontraré. De hecho, no han podido ir muy lejos. —Y la especialidad de Rob era encontrar a la gente—. Necesito ver el lugar donde se llevó a cabo el secuestro.

Ashton se encogió cuando Mariah soltó un grito.

—Murphy lo sabe mejor que yo —dijo rápidamente—. Que vaya contigo si necesitas ayuda para la búsqueda.

Rob dudó un momento. Murphy había sido soldado y era un hombre duro y competente. Pero negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrado a trabajar solo, y será más seguro rescatar a la dama discretamente que montar una batalla campal. Te mantendré informado en cuanto sea posible.

Ashton apretó el hombro de Rob con fuerza.

—Trae a Sarah sana y salva, Rob.

Se dio la vuelta y se dirigió a la casa, sin dejar de cogerle la mano a su mujer mientras los sirvientes llevaban la camilla de la forma más estable posible. Tras ellos iban los Randall, él rodeando a su mujer con un brazo.

Rob murmuró una rápida oración para que el parto fuera bien y después se dirigió al mozo de cuadra principal, que todavía estaba en el asiento del conductor de la carreta.

—¿Oyes eso?

Murphy asintió y le dirigió una mirada experta a la montura de Rob.

—Tu caballo se ha esforzado mucho. Tráelo a los establos y yo te daré a *Strider*. De los que tenemos, es el que mejor aguanta.

Rob asintió. Sabía que su caballo, *Sultan*, merecía descansar en los opulentos establos de Ashton. Siguió la carreta de Murphy por la finca hasta llegar al patio de los establos. En cuestión de minutos, las alforjas de Rob se pasaron a lomos de *Strider*, un caballo castaño grande y tranquilo.

Murphy montó un alazán de brillante pelaje y los dos hombres se internaron en las extensas colinas de Wiltshire al galope. Rob preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace del secuestro?

Murphy miró el sol.

—Unas tres horas. Hoy la duquesa se despertó sintiéndose muy inquieta y convenció a su hermana para que la llevara a dar un paseo. Yo las seguí, por supuesto. Cuando llegaron a esa vieja iglesia que está al otro lado de la finca, Su Excelencia se puso de parto. Yo volví para pedir ayuda. Cuando regresamos, la duquesa estaba escondida en la cripta y su hermana había desaparecido. —Maldijo con saña—. ¡No debería haberlas dejado solas!

—Me parece que no tenías otra opción —contestó Rob—. ¿Tienes idea de por qué los secuestradores escogieron un momento tan oportuno?

Aparentemente, Murphy no había pensado en eso. Frunció el ceño y condujo a su caballo por un camino que llevaba a una colina.

—A la duquesa no le gusta estar encerrada, así que salía cada vez que el clima lo permitía. Por lo general, Ashton la llevaba en carruaje y un mozo de cuadra los seguía. Hay varios caminos públicos en la propiedad, por lo que cualquier persona que vigilara los establos podría haberse dado cuenta de que salía casi cada día.

—Eso implica a varios hombres y una espera muy paciente —comentó Rob, pensativo—. Bien disciplinados, no vulgares criminales.

La expresión de Murphy se tensó.

—El rescate de una duquesa podría pagar a un pequeño ejército.

—¿Dejaron alguna nota en la iglesia?

El mozo de cuadra parecía disgustado.

—No se me ocurrió mirar, no con todo lo que estaba pasando... La duquesa pidiendo ayuda para encontrar a su hermana y el duque intentando subirla a la carreta para poder traerla a casa.

—Si tenemos suerte, encontraremos una nota —dijo Rob—. Si lo que quieren es dinero, probablemente no se la llevarán muy lejos y habrán preparado un lugar seguro donde ocultarse.

Al darse cuenta de lo que Rob había dicho, Murphy preguntó:

—¿Crees que puede tratarse de otra cosa que no sea un rescate?

Rob se encogió de hombros.

—Un duque siempre tiene enemigos. Ashton ha tenido problemas con los que no aceptan sus orígenes hindúes.

Murphy frunció el ceño.

—Es cierto, pero el objetivo ha sido la duquesa.

—Así es. Háblame de su hermana. ¿Cómo se llama?

—Señorita Sarah Clarke-Townsend. La duquesa y ella son sobrinas de lord Torrington por vía paterna y de lord Babcock por parte de madre.

—¿Cómo es?

Murphy dudó.

—No la he tratado mucho. Es una joven muy agradable. No tan extrovertida como la duquesa, pero siempre está alegre y es cortés. Las hermanas eran completamente idénticas hasta que la duquesa empezó a engordar con el embarazo. —Tras una pausa, añadió—: La señorita Sarah conduce muy bien y es una gran amazona.

Y lo suficientemente valiente como para ponerse en peligro por el bien de su hermana y del bebé. Rob se preguntó si ahora ella se estaría arrepintiendo.

Rob habría dicho que la vieja construcción de piedra era más bien una capilla, no una iglesia. Se alzaba en un lugar elevado de las colinas. Estaba más cerca de Dios, pero más próxima todavía a los vientos.

Murphy y él ataron los caballos y registraron la capilla. Aun con los bancos recientemente contruidos, el interior de piedra ofrecía pocos lugares para ocultarse. Rob no envidiaba a la duquesa por el tiempo que había pasado en la cripta, pero ese agujero frío y húmedo la había salvado.

No había nota de rescate. Volvieron a salir y Rob estudió la zona que rodeaba la iglesia. La lluvia que había caído durante la noche había dejado la tierra blanda. Él señaló unas huellas profundas de ruedas.

—¿Es ésta la carreta que trajiste para la duquesa?

Murphy asintió.

—Las huellas más ligeras que hay allí son del coche de dos caballos que conducía la señorita Sarah.

—¿Un coche de dos caballos, no un carro tirado por un poni? Debe de ser buena conductora, como dijiste.

—Dudo que sea lo suficientemente fuerte como para manejar un carruaje de cuatro caballos, pero lleva un coche de dos tan bien como yo —dijo Murphy.

Rob arqueó las cejas.

—Estás exagerando.

Los ojos del otro hombre parecieron reflejar un poco de diversión.

—Sí, pero sólo un poco.

Rob empezó a rodear la capilla, estudiando el terreno cubierto de hierba. En el lado oeste, encontró lo que estaba buscando.

—Un carruaje de cuatro caballos estuvo parado aquí un rato. No mucho tiempo. —Señaló colina abajo, por donde se podía ver un sutil rastro de hierba aplastada—. Se dirigieron al oeste. ¿Siguieron uno de los caminos públicos que mencionaste antes?

Murphy se hizo sombra sobre los ojos con una mano.

—Sí, las huellas se incorporan a un camino público al pie de esta colina. El sendero continúa por el oeste hasta la parte trasera de la propiedad y atraviesa la carretera de Bristol.

Rob subió a su caballo.

—¿Hay posibilidades de que algún empleado de granja o un aparcerero haya podido ver el carruaje?

—Es posible —se mostró de acuerdo Murphy mientras también subía a su caballo.

El rastro del carruaje era fácil de seguir sobre la tierra húmeda, ya que ningún otro vehículo había tomado ese camino recientemente. Rob

escudriñó el tranquilo paisaje verde, buscando a los secuestradores. Nada. La propiedad era muy vasta y estaba vacía.

Cuando se acercaban a la carretera de Bristol, vio un rebaño de ovejas pastando la fresca hierba primaveral en una colina a su derecha.

—¿Vamos a ver si hay un pastor?

—Debería haber uno.

Los animales pastaban apaciblemente bajo la atenta mirada de un eficiente perro ovejero y bajo la menos atenta mirada de un muchacho pelirrojo que dormitaba bajo un árbol cercano. Al oír que se aproximaban unos caballos, se puso en pie precipitadamente e intentó parecer alerta.

Rob refrenó su montura tirando de las riendas y preguntó:

—¿Has visto esta mañana un carruaje por el camino público?

—Sí —contestó el muchacho—. Me fijé en él porque no había visto antes un carruaje por aquí. Iba como alma que lleva el diablo. Supuse que sería algún invitado del duque tomando un atajo a través de la propiedad para llegar a la carretera de Bristol.

Rob se inclinó hacia delante.

—¿Puedes describir el carruaje?

—¡Oh, sí! —contestó el pastor, que pareció cobrar vida de repente—. Era un fantástico carruaje de viaje, no ostentoso, pero sí de buena calidad. De color bronce con adornos negros. Llevaba el mejor tiro de alazanes de Cleveland que he visto nunca. El caballo guía tenía una pata blanca y, los dos caballos traseros, manchas blancas en la cara.

—¿Puedes describir al conductor? ¿Había un escolta? ¿Llevaban pasajeros dentro?

El chico arrugó la cara, pensativo.

—El conductor era moreno. Corpulento. No estoy seguro de si había escolta. Puede que hubiera pasajeros en el interior, pero no los vi.

—¿No viste a una hermosa joven dentro?

—No, señor —contestó, pesaroso—. Solamente me fijé en los caballos.

—¿Pudiste ver qué dirección cogió el carruaje al tomar la carretera de Bristol?

El muchacho negó con la cabeza.

—No puedo ver la carretera desde aquí.

Por lo menos, tenían una buena descripción del vehículo.

—Gracias por la información. —Rob sacó del bolsillo media corona y le lanzó la moneda al chico—. Como parece que te gustan los caballos, tal vez deberías ir a ver si necesitan ayuda en los establos de Ashton.

El joven pastor se quedó boquiabierto.

—¿Podría hacerlo?

—No pierdes nada por preguntar —dijo Murphy lacónicamente—. Conozco al mozo de cuadra principal. Si vas a pedir trabajo, Murphy te atenderá.

Giró su caballo hacia la carretera.

Cuando el muchacho ya no podía oírlos, Rob preguntó:

—¿Necesitas otro trabajador en los establos?

—Sí. —A sus labios asomó un atisbo de sonrisa—. Me gustan los muchachos que se fijan más en los caballos que en la gente.

—Mientras ese pelo rojo que tiene no los asuste...

Rob pensó en la descripción que les había facilitado el pastor. Parecía que el carruaje era caro y los alazanes de Cleveland eran animales de buena calidad, especialmente criados para guiar vehículos. Un caballero elegante preferiría que su tiro no tuviera ninguna mancha blanca, pero a los hombres interesados en la velocidad y la fiabilidad no les importaría. Los secuestradores tenían dinero, inteligencia y paciencia. Formidable.

El rastro llegaba hasta la carretera de Bristol y no continuaba por al otro lado, así que, como esperaban, el carruaje había tomado la carretera principal. Rob desmontó para estudiar las huellas, pero era imposible saber qué dirección había seguido el vehículo.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Murphy.

Rob se puso en pie, sacudiéndose la hierba de las rodillas, y dio un paso atrás cuando un carro cargado con barriles pasó traqueteando. La carretera estaba muy transitada; en aquel momento se veía una docena o más de carruajes y carros.

—El instinto me dice que se han ido por la izquierda. Hacia el oeste.

—Por lo que he oído, ese instinto es muy fiable —señaló Murphy.

—La mayor parte de las veces.

De hecho, el instinto rastreador de Rob era prácticamente infalible, y por eso era tan bueno en su trabajo. Tenía tantos ancestros escoceses que sospechaba que su talento podía ser una especie de clarividencia.

—Es hora de que nos separemos —añadió—. Como tengo una buena descripción del carruaje, no debería tardar mucho tiempo en descubrir qué dirección ha tomado. Si ha ido hacia Bristol, seguiré ese camino. Si no encuentro ninguna pista, volveré a Ralston.

Murphy miró hacia el oeste con mirada dura.

—¿Estás seguro de que no quieres ayuda en esta búsqueda?

—Si la quisiera, sería la tuya. Pero, llegados a este punto, la velocidad es más importante que el número de perseguidores.

Murphy asintió para mostrar su acuerdo.

—Espero que traigas a la muchacha a casa antes del anoecer.

—Yo también.

Rob montó sobre su caballo.

Pero dudaba de que eso fuera a ocurrir.